

Pitol, el mapa de su escritura

Álvaro Ruiz Abreu

Afirma Álvaro Ruiz Abreu que Sergio Pitol “transita con enorme desparpajo de la novela al ensayo y de la crónica personal a la memoria, de la autobiografía a la prosa suelta” que marcada por la sabia asimilación de otras culturas, es el camino hecho por un incansable viajero de las letras.



© Javier Navarro

*¡Olas, Marina, mar somos! ¡Honduras, Marina, cielo!
¡Tierra, Marina, tal somos, mil primaveras, alondras
a lo invisible lanzando un canto que irrumpe!
¡Lo emprendimos como júbilo: ya nos rebasa del todo!*

Una vez más me sorprende el camino que ha escogido Sergio Pitol para transitar con enorme desparpajo de la novela al ensayo, de la crónica personal a la memoria, de la autobiografía a la prosa suelta. Para ir al encuentro con su destino literario y su vocación cotidiana. Un camino por cierto rodeado de bellas imágenes, de recuerdos tocados por la nostalgia, de poesía, que origi-

naron uno de sus libros más bellos: *El arte de la fuga*. Publicado en 1996 fue una revelación: ahí Pitol jugaba con el tiempo de su infancia y con el de la escritura, con la novela y con la crónica. Era confesión y testimonio, autobiografía y memoria. Y también la certeza de que la obra anterior parecía el preámbulo del relato que quería escribir Pitol.

Era como la síntesis de su idea del artista y de la novela, del ensayo y de la literatura; podía verse como una puesta en escena de su interés poético: el arte de contar su propia experiencia recubriéndola de artificios, ofre-



cer el testimonio de un siglo a través de la escritura del viaje, de los libros leídos en el camino, de los autores descubiertos en una esquina de las ciudades visitadas. Su vocación por rescatar del olvido a los amigos, a seres desconocidos hallados ocasionalmente en los trenes, en los hoteles, en los cafés. Pitol había ido al encuentro de los otros mediante el rescate de sí mismo y el resultado fue singular: la certeza, a pesar de que la literatura niega casi todas las certezas, de que armar piezas de la realidad es también desmontar esa realidad.

Confesión a fondo de un estado emocional y de una mirada de la realidad en el momento en que desploma, publicó cuatro años después de *El arte de la fuga*, un nuevo intento de género múltiple, *El viaje*, un texto que es una lección de honradez profesional en que el autor reconoce aquellos momentos decisivos en su contacto con el mundo, días lejanos que convirtió en evidente excentricidad. Lo que en una novela no hubiera expresado con esta claridad, en el libro de viaje, en esta bitácora de la soledad, parece evidente. Pitol mirando las orillas de la ciudad de Praga o de Leníngrado y Moscú, viendo escritores, obras de arte, galerías, la historia de esas ciudades, como testigo anónimo de la burocracia estalinista que todavía en 1989 actuaba en la Unión Soviética.

Enfrentado al mundo y sus ideas, sus pasiones e ingratitudes, deformado por su propia naturaleza, el

ronista es un ser solitario. Sólo lleva su pluma y su cuaderno de notas para registrar el movimiento de la vida. Y el que aparece mirando esos escenarios es un solitario que convive con las palabras, con el papel sobre el que describe el mundo que entra por sus ojos. Cronista que puso su reloj en el tiempo de otros países, fue Alfonso Reyes en sus *Cartones de Madrid*, y en esa exquisita sopa de letras que es *Memorias de bodega y cocina*. Algo parecido hizo Salvador Novo en sus libros de viajes más aplaudidos y leídos como *Return Ticket* (1928), un viaje principalmente a la infancia del cronista, o *Continente vacío* (1935), la exploración de otra realidad que hizo Novo en su viaje a Sudamérica.

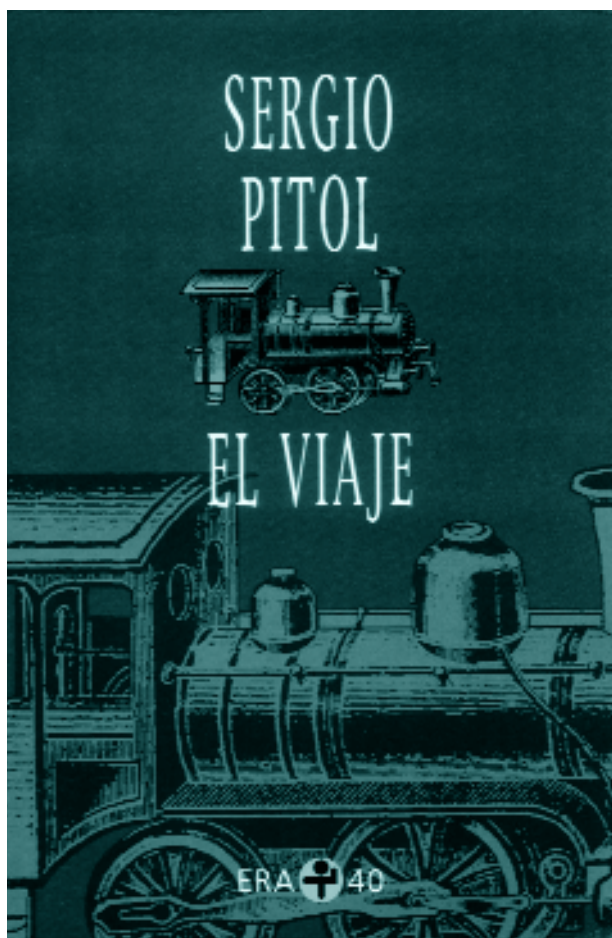
Es evidente que nuestra tradición en libros de viajes es más bien escasa y que, sin embargo, a veces aparecen títulos que intentan romper esa inercia. Tanto mexicano de pluma sencilla y fluida que anda por el mundo y que se niega a manifestar su experiencia en un libro de viaje. Un libro reciente que cambia un poco ese panorama es sin duda *También Berlín se olvida* (2004) de Fabio Morábito. Memoria y relato de viaje, ensayo y descripción de la ciudad que el autor vio, es un texto exquisito.

Al aventurarse por la cartografía del viaje, Pitol propuso una nueva manera de aproximarse a la creación desde la práctica de una escritura basada en la memoria, la experiencia y el vuelo de la imaginación como que-

Pitol había ido al encuentro de los otros mediante el rescate de sí mismo y el resultado fue singular: la certeza, a pesar de que la literatura niega casi todas las certezas, de que armar piezas de la realidad es también desmontar esa realidad.

ría Santayana. Su intención es seguramente contrastar nuestra realidad con otras posibilidades culturales. Así, sus libros de memoria y de viaje vinieron a fortalecer no sólo un género, sino la posibilidad literaria del siglo XXI en México. Trabaja “lo lejano” desde una pluralidad de voces, de escenarios y de tiempos, y así convierte su itinerario en un género amplio de profunda penetración en el desarrollo de la narrativa actual. Sus lectores se han fortalecido con esta escritura polifónica que establece un diálogo entre el yo que narra y el mundo representado.

El viaje es la confirmación de que en sus viajes, Pitol, encontró un material nuevo y original para sus lectores. Leyendo estos testimonios de un mundo en crisis el lector no puede sino preguntarse qué hubiera sido de Pitol sin el servicio diplomático de México, que lo hizo permanecer tantos años en países de Europa.



Un trabajo y una profesión que le permitió recorrer ciudades, conocer escritores, políticos, señores notables, acercarse al arte, a la cultura, a el alma popular de los países visitados, un material que de por sí parece hecho para la ficción.

Discusión consigo mismo y con las paradojas ideológicas que desfiguraron el sentido de la política y la sociedad rusas del siglo XX, Pitol ha inaugurado en su prosa un estilo que atiende varios géneros y se detiene en uno solo: el diario autobiográfico al que añade ensayos literarios, anécdotas, crónicas, descripciones, memorias y reportajes. La realidad, parece decirnos, es irreprehensible, de ella sólo conocemos sus expresiones fenomenológicas, jamás su esencia. Hay que dejarla en libertad para luego atraparla en lascas mediante la palabra escrita, el vehículo con el cual transporta la mano del artista de un estado de crisis a un momento de plenitud, de la bajeza a la serenidad del cielo, del hombre herido en su moral al hombre que renace con ella.

En su afán por ser biógrafo, crítico literario, analista político, testigo imparcial de la historia, Pitol traza varias líneas de ascenso a su visión desesperada de Rusia en el momento en que se inició la Perestroika. En este juego Pitol le habla a su *alter ego*, es el testimonio de la crisis a que fue sometido el escritor durante la Guerra Fría. Si es cierto que un libro es un viaje de la imaginación hacia una zona desconocida en el que van apareciendo espectros, cosas reales, sueños, figuraciones, *El viaje* se ajusta a esa definición.

Escritura que se reescribe, la de este texto surge de apuntes, de anotaciones al margen, del deseo de crear una escritura informal, híbrida. Dice Pitol:

Al leer esas notas recordé los momentos de irritación pero también los de emoción purísima constantemente entreverados en las dos semanas transcurridas en el seno de aquel Imperio formado a través de varios siglos, del que ni yo ni nadie podía sospechar cuán cerca estaba del derumbe final. Se me ocurrió trabajar esos apuntes, dejar los textos del diario y mencionar levemente, a manera de antecedente, algunas situaciones sobre mi experiencia en el periodo en que trabajé como consejero cultural en Moscú.

Así obtenemos, de sus notas del diario, la evidencia de la crónica pero no la evidencia de que sea género periodístico; la crónica, digamos, que trabaja Pitol es un límite entre la escritura de ficción y la testimonial, entre la poesía y la narración. Leemos por tanto un “diario” que abarca dos semanas, del 19 de mayo al 3 de junio, fecha en que regresa Pitol a Praga, su sede de trabajo, a su casa en el año de 1988. Justo en el comienzo del derrumbe del aparato comunista soviético y del muro de Berlín. Fue un testigo directo de lo que luego el mundo llamó “el fin de las ideologías”, el fin de una era oscura y esclavizante y el inicio de otro tiempo, el de la libertad y la democracia para los países del Este que sólo habían conocido represión, espionaje ideológico y policiaco, incertidumbre política.

Pero, como todo escritor que conoce su oficio, Pitol hace trampas. Introduce en su relato de viaje sueños, pensamientos, escenas del pasado, recuerdos y entonces, la prosa sufre alteraciones obvias. En la primera fecha que aparece, vuela de Praga a Moscú y lo sorprende un sueño. “Yo estaba en la Posada de San Ángel a punto de salir, despidiéndome de algunos amigos”.

Hay varias cosas nuevas en este texto canónico de Pitol y otras que repiten su escritura, es decir, la continúan; las nuevas que yo veo son las que se refieren a lo escatológico, como la escena del borracho checo que no puede levantarse y cae una y otra vez en sus propios excrementos que ha soltado en una callejuela mal empedrada. Pero sobre todo las que aluden a la magia, la alquimia, el poder de lo oculto, el mundo más allá de la realidad que la prosa precisa y cuidada de Pitol coloca a veces en forma de sueños. En un avión sueña con su amigo de la Facultad de Leyes, Serrano, y lo ve en la muerte. Cuando despierta, el cronista se pregunta:

¿Habría sido Serrano un mensajero del otro mundo?
 ¿Me habría transmitido su mensaje en forma tan hermética que yo, por distracción, por sólo pensar en cómo deshacerme de él, no logré captar?

Pero todo se disuelve en la magia de la ficción que se trenza con una realidad en forma de salamandra que cambia con la luz.

El puñado de escritores rusos que va mostrando Sergio Pitol en estas páginas y de manera breve es perseguido en tensión, una muestra palpable de las atrocidades del comunismo de la Unión Soviética. Los que no optaron por el suicidio fueron perseguidos, a veces condenados a trabajos forzados o, simplemente, los condenó a muerte la mano del totalitarismo. Nada tan conmovedor como la vida de Marina Tsvietaieva que Pitol analiza en sus momentos de gloria y en los de duelo, en el exilio de París y en el regreso a Rusia, donde casi to-



dos le dan la espalda y la condenan a “convivir con una sociedad a la que odia y donde es odiada, aunque allí estén su familia, algunos amigos de juventud, Ehrenburg, Pasternak”.

En 1935, a su regreso a la Unión Soviética, después de una estancia ingrata y casi podría decirse abortada en París, la poeta Marina Tsvietaieva se suicida. Aprehendida sin causa justificada alguna, en Moscú asume una vida fantasmal, “sombra de otras sombras”. Por su “culpa” detuvieron también a una parte de su familia. Su biógrafo Mur parece implacable. “La acusa de ser culpable de las desdichas de la familia, de la prisión de su padre y su hermana, de la carencia de destino que le está constuyendo. Después llegó la guerra, y ella se suicidó”. El viaje a la literatura es también de ida y vuelta. Pitol así lo entiende en su ejercicio crítico. Cuando habla de Marina, y lo hace en fragmentos a lo largo de los once días que dura “su viaje” a la Rusia ya convulsionada por la Perestroika de Mijail Gorbachov, exalta el sufrimiento a que la sometieron los hombres y los tiempos en que vivió.

Subraya la necesidad de escribir de una mujer que llegó a vivir en París casi en la inmundicia, deteniéndose en los hechos que la fueron destrozando: el estalinismo activo de los años treinta, la lucha que libraron los escritores rusos contra el poder de quien sólo recibieron consignas, persecución y cárcel cuando desobedecieron a este “Padre” bendito y homicida, que sembró el terror y la conciencia de la traición a nivel colectivo.



Los textos que nos legó el último lapso del siglo xx se tocan y parecen complementarios en su deseo de trazar el mismo signo del horror ideológico que golpeó al hombre tanto de su costado izquierdo como del derecho. José María Pérez-Gay, Jorge Volpi y Sergio Pitól escribieron sobre un mismo tema global: la salvación social del estalinismo y su promesa de erradicar de una vez para siempre la diferencia de clases, que fue tan nefasta como la filosofía nazi según la cual el ario le daría al mundo un nuevo rumbo, elevaría a los alemanes a la felicidad en nombre de la discriminación racial.

La mirada del viajero irradia su propia luz sobre las cosas, los hombres, sobre la historia de la Unión Soviética, sus paradojas ideológicas y sus líderes políticos. Pero en Pitól esa mirada a menudo intenta explorar la vida literaria y artística, el latido de una sociedad lo capta en la escritura de sus poetas y de sus escritores.

1983, Praga y Moscú. El viajero va desempolvando recuerdos, revisando apuntes hechos sobre el terreno. El último día de su estancia en la URSS registra el movimiento intenso de la gente. Cargado de medicinas para sus males reales, de sólo artificios de escritor y de libros que complementan su equipaje, se dispone para el regreso. La confesión es sorprendente:

Me encantan los encuentros ocasionales, sentarme en la banca de un bulevar o de una plaza, iniciar conversaciones con viejas parlanchinas a las que apenas logro com-

prender, con jóvenes, fumar con ellos un cigarrillo, y listo, levantarme, dejarlos estupefactos por haber conocido por primera vez a un mexicano.

De los enredos de la intimidad pasa a las figuras intelectuales que le emocionan, los nombres de Ryszard Kapusziński, “el más culto, inteligente y penetrante cronista del mundo soviético”, y K.S. Karol. Enseguida cita autores de su preferencia como Gogol, Cioran, Stravinski, hombres de la talla de Brezhnev, y además el comunismo de la URSS, el problema del alma rusa, la sociedad “compleja, irreal, gogoliana, kafkiana y dostoiévskiana, como era la moscovita a finales de Brezhnev”. De la mezcla brota la historia que el viajero desea contar en pedazos, hecha de cultura y de vida cotidiana, de textos literarios en el gran escenario de un país.

Las obsesiones de Pitól saltan y se ordenan: el arte, el teatro, la música, la ópera, la poesía. Me parece que le tocó vivir aquellos años en que Europa, solamente la vieja Europa, podía ofrecer una respuesta al hombre del siglo xx. La cultura mexicana de los años sesenta fue esnobista y quería encontrar afuera la respuesta a la escasez artística en un medio cultural aún ranchero. Es el momento de la despedida, un tema muy decimonónico, y Pitól se siente “huérfano universal, un perro perdido en un mundo hostil, como el de Bulgakov en *Corazón de perro*, pero también con una felicidad inmensa”. **U**